

# EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 3 de Diciembre de 1921.

Número 49.

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL  
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## De jueves á jueves

Dos discursos, el de Melquiades Alvarez y el de Lerroux, son la nota saliente de la semana. Dos discursos graves, reposados, llenos de sabias doctrinas y de imágenes acertadas que han llenado de gozo á quienes en el Parlamento ven un divertido espectáculo.

Probablemente tienen razón en mucho de lo que han dicho los dos oradores; pero sigue pareciéndome sospechoso que siempre que determinados señores hablan de sobreponerse á sus propios impulsos de hombres de la izquierda, sea para alabar á algún monárquico; y siempre que se someten al patriotismo, sea para callar algo que no convendría á la Monarquía que se dijese. Tengo sobradamente dicho que en la política de oposición, la *serenidad* y la *sensatez* son dos virtudes que sólo aprovechan á quien las tiene. Y que suelen aprovecharla bastante.

Al Parlamento ¿van á definir los partidos de oposición, ó van á alcanzar eficacia para su obra? Definir suele no servir para nada, aparte los aplausos que se obtengan del presunto adversario casi siempre, como ahora ha sucedido á Lerroux. Y para luchar eficazmente no es bueno aguilatar demasiado en cada momento si el ataque será del todo justo; debe bastar tener la conciencia de que la suprema justicia está en derribar al enemigo. Los hombres del temple necesario para mantener esta última actitud, son los que han hecho en todas partes las revoluciones; á saber que sería de nosotros aun, si los jacobinos se hubiesen dado á meditar en la justicia é injusti-

cia de sus saludables medidas. Y desde luego puede asegurarse que no hay gran justicia que no lleve aparejadas algunas injusticias particulares.

Pero empiezo á ponerme definidor yo también, y estoy viendo que me hacen diputado; lo que no tendría objeto para un hombre de necesidades relativamente escasas como yo. Quede, pues, en claro que los discursos habrán sido todo lo buenos que quieran los correligionarios de los señores Alvarez, Lerroux, Maura y Cierva; pero que maldita la resonancia que tendrán donde deberían tenerla: en la España que espera todavía quien ha de emprender el barrido indispensable y que no se deja embobar por tropo más ó menos.

La actitud del general Primo de Rivera, con ser éste un hombre desconocido en política, ha despertado más interés que todos los discursos pronunciados sobre el problema de Marruecos. La razón de ello, queridos correligionarios, es que la gente no acierta á comprender qué sale ganando el general con declararse partidario del abandono de Marruecos; por el contrario, hasta ahora sólo se ve que ha perdido la Capitanía General de la Primera Región. Y se espera que pueda costarle algún disgusto más esa opinión «á contrapelo».

Son muchas las personas que se interesan ante las actitudes que, equivocadas ó no, reportan sólo sinsabores á quien las sostiene.

Y yo no he de ocultar que tuve, tengo y tendré todo mi respeto y mis simpatías para ellas.

## Cosa de plomo

El discurso de Lerroux en el Congreso fué aplaudido por los conservadores y por Maura y Cierva.

Mas por si no eran suficientes esos aplausos para impedir que el cadáver de su republicanismo se alzase un día de su sepulcro, *La Epoca* le ha colocado encima esta aplastante losa.

«Aun cuando realmente parece que no quidaba nada por decir en el asunto de Marruecos, la gran autoridad parlamentaria que, pese á toda su historia accidentada, tiene el señor Lerroux, hizo que su largo discurso de ayer fuera escuchado con mucho interés por la Cámara, y que algunos de sus conceptos los subrayase el aplauso, juntando en éste las manos—¡oh,

HEMEROTECA  
cambio de ~~los~~ tiempos—de los señores Maura y Cierva.

Sobre el señor Lerroux pesaba, restándole autoridad de predicador, toda una vida de rebeldías y de indisciplinas. Sus palabras sobre el orden social, sobre la necesidad de instaurar la disciplina en todas las clases del Estado, sobre la ausencia del ideal marroquí, sobre Juntas de Defensa, sonaban á ceguera ó á remordimiento.

Pero... ¡no volvamos la vista atrás! No es cristiano recordar al pecador arrepentido con propósito de enmienda sus faltas, y nosotros queremos ver una perfecta contrición en cuanto ayer expuso el señor Lerroux.»

«Y queda, por último, la aproximación indudable del Sr. Lerroux al campo gubernamental. Los respetos en que envolvió las alusiones al Poder moderador, y hasta el entremetimiento clasificador del campo liberal, demuestran que el Sr. Lerroux consideró su discurso de ayer como el paso del Rubicón para convertirse en factor de gobierno dentro de los partidos monárquicos. Si es así, debemos de felicitarnos; porque si siempre, como amantes de la Monarquía, vivimos con gusto el ensanchamiento de la misma, por derecha ó por izquierda, ese sentir no podía faltarnos ahora, en que se trata del señor Lerroux, alta mentalidad política y parlamentaria.»

«Esos elogios deberían resonar en los oídos de Lerroux como el *De profundis* en los de Carlos I cuando tuvo la humorada macabra de celebrar sus funerales en vida.»

Esto hubiese escrito yo hace años al juzgar su último acto.

Hoy me encojo de hombros, y me declaro incompetente para juzgar á hombres que están dentro de la realidad.

Nadie debe hablar de lo que no entiende.

## ¡Radicalismos!

Bajo ese título ha publicado *El Liberal* lo siguiente:

«Hemos escuchado al Sr. Lerroux con verdadero recogimiento espiritual. Tenemos fe en su talento, tenemos fe en la firmeza de sus convicciones, y, sobre todo, creíamos que la gravedad del problema que se debate, y del que pende la vida del país, le obligaría, como nos obliga á todos, á poner la santidad de la cosa por encima de todo subjetivismo.

Pero nos hemos equivocado. El Sr. Lerroux—nos remitimos á su discurso para ahorrarnos el dolor del comentario acerca que fluye de la pluma—, no da razón sólida que, en efecto, sirva para justificar ante el pueblo lo que se ha he-



cho y lo que se pretende hacer en Marruecos. El Sr. Lerroux, que era, hasta ayer hombre de realidades, es, desde ayer, paladín de la utopía. ¡Y de qué utopía!

Parcial en el enjuiciamiento de la conducta política de los partidos dinásticos, el Sr. Lerroux abrió para lo porvenir las rutas que á él convienen, no las que la salud del pueblo demandaban. Y á través de otras soluciones, pide á Francia que nos regale Tanger y á España que se desje regir por gentes ni mejores ni peores—alguna tal vez peor y sin distinguimientos—, que las que van gozando del Poder desde hace veinte años...

Para nosotros el discurso del Sr. Lerroux ha sido una amarga decepción. A los que por seguirle en sus propagandas anteriores sufrieron prisión y extrañamiento, les sonarán sus frases á humillante chasquido de un guantazo...

Duro está *El Liberal* con Lerroux. Yo, que lo estuve otras veces, me siento hoy benévolo hasta el punto de contentarme con parodiar á aquel ciudadano que dijo á un guardia, al verle detener á un ratero en el momento de aligerar á un transeunte del peso del reloj:

«¡Deje usted al hombre que se busca la vida!»

Torpe ha andado Lerroux al elegir el momento de ofrecer claramente sus servicios á la Monarquía. Seguramente que hoy están en contra suya todas las madres que tienen sus hijos en Marruecos y cuantas temen que puedan ir los suyos.

Madres que, de abrirse un plebiscito, emitirían sus votos en favor del general Primo de Rivera por haber pedido el abandono de Marruecos.

## Los derechos adquiridos

¡Vaya una muletilla que hemos encontrado! A todo pensamiento de regeneración se opone los derechos adquiridos.

Los derechos adquiridos! Si siempre hubiésemos querido respetarlos, estaríamos todavía en el siglo XVIII. Vino en los primeros años de la presente centuria Bonaparte y estallaron á la vez la revolución y la guerra. Reunióse primero una Junta Central, después unas Cortes; y estas Cortes transfirieron el reino. Sin indemnización alguna abolieron todas las prestaciones que debían su origen á título jurídico ó feudal, quitando á los antiguos señores acción para exigirlos, y librando á los pueblos de la obligación de pagarlos. Incorporaron á la nación todos los señores jurisdiccionales. Derrocaron de una plumada el sinnúmero de privilegios que trababan el ejercicio de la agricultura y las artes. No perdonaron ni aun los del real patrimonio.

Otras Cortes, las de 1820, suprimieron todos los mayorazgos, fideicomisos, patronatos y cualquier clase de vínculos, sin reservar á los sucesores inmediatos sino la mitad de los bienes que por derecho les correspondían. Restablecieron á la caída del régimen constitucional Fernando VII, y se los abolió de nuevo el año 1836 por un real decreto.

En 1837, otras Cortes decretaron la su-

presión del diezmo y la primicia. Disolvieron á los pocos días las comunidades religiosas y adjudicaron á la nación los inmensos bienes de que eran propietarias por justos títulos. Se desamortizó más tarde con insuficiente indemnización los bienes del clero secular, y aun los de las provincias y los pueblos.

Sin respetar los derechos adquiridos se ha hecho, bajo el régimen liberal como bajo el absolutismo, otra clase de mudanzas. Felipe V redujo al 3 por 100 todos los censos; las Cortes de 1820 redujeron al 2 por 100 los laudemios y otorgaron el derecho de fadiga á los enfiteutas.

¿Por qué se atrevieron á tanto los poderes del Estado? Porque con razón entendieron que ha de prevalecer en todos los tiempos el interés público sobre el privado, y por las numerosas evoluciones de la idea de justicia pasa á ser hoy injusto lo que ayer fué justo. En el bien general se inspiraron todos esos reformadores; y es muy de extrañar que ahora se detengan nuestros hombres políticos ante derechos bien ó mal adquiridos, cuando se desea sacar á la nación del triste estado á que la condujo una larga serie de desventuras. De almas cobardes, de corazones poco levantados, de hombres ineptos para regir á España serán tildados por las futuras gentes.

F. PÍ Y MARGALL

## Charles de ultratumba

### LAS RELIGIONES Y LA MUERTE

«Sin los Campos Eliseos y la laguna Estigia, ¿cómo llenarías vuestras mesas, oh sacerdotes?»  
(«Sátiras», Juvenal).

Dirigiendo una mirada rápida sobre el origen de todos los cultos se ve enseguida que todos ellos tuvieron por base la muerte, la memoria de los difuntos, el afán de esquivar los dolores de ultratumba y el noble deseo de rescatar á los seres queridos de tormentos y suplicios sufridos en el mundo invisible.

Los nombres variarían, los conceptos de gloria é infierno aparecerán bajo distintos ropajes, ya poéticos, ya téticos, según los pueblos, creencias y costumbres; pero, en el fondo, en la esencia, la muerte, que implícitamente abarca la idea de un Dios creador y juez, fué la piedra angular sobre la cual se cimentaron todas las religiones.

El chino, indio, persa, árabe, musulmán, egipcio, griego y romano etc. entran en el cielo sagrado de las prácticas por las ideas que bullen en su mente ante el sepulcro y la muerte. La fantasía, el error, la superstición, la perfidia sacerdotal, la leyenda, el mito, envolverá esta idea, este concepto bajo mil ropajes y fanatismos, pero siempre tendrán por efecto un credo religioso y por causa una tumba.

El adepto de cualquiera religión se postea ante la divinidad, ora, se refugia en el templo, entrega ofrendas y venera al sacerdote por la muerte, por el misterio del más allá del sepulcro, por el miedo que le causa y por su deseo de eludir los castigos que cree le esperan detrás de la sepultura. Dadle la evidencia de que no hay más allá y todo aquel incendio de su fervor religioso se extinguiría lentamente,

los templos se quedarían desiertos, los sacerdotes sin prestigio y sin pan, y hasta la misma fe en la divinidad se apagaría. Pues quedando reducidas las relaciones del hombre con Dios al breve plazo de su vida mortal y los bienes que de El espera á lo que dure su efímera existencia, convencido que después de muerto nada tiene que esperar de la omnipotencia y bondad divinas, el concepto de la divinidad resultaría tan empujado como poco fidedigno en consecuencias. Apliquemos este criterio al catolicismo. La Iglesia dice al hombre:

«Cristo te redimió con su sangre, haciéndote digno de entrar en un Paraíso que te cerró la falta de Añá; pero es preciso para ello tu cooperación, tus buenas obras. Al morir has de dar cuenta de tus actos; si el juicio inflexible de Dios los encuentra puros, irás al cielo; si no, al infierno, de donde nadie podrá sacarte. Páese de darse el caso que tu maldad no sea tanta que merezcas el infierno, ni tus virtudes tales que seas digno de la gloria. En este caso irás al purgatorio, cuya estancia pueden abreviarte los sacrificios del sacerdote, las oraciones y ofrendas de tus hermanos y las indulgencias y gracias de la Iglesia adquiridas con limosnas y donativos.»

He aquí el manantial de donde surge el torrente teológico dogmático del catolicismo, el por qué crea intereses, y la causa de que subsista y perdure: la muerte y el miedo que la tumba produce. Y, *mutatis mutandis*, lo mismo podemos decir de todas las demás religiones: la muerte y su misterio es su verdadero y único filón.

Si en cambio de lo anterior el catolicismo y las demás religiones dijieran á los hombres: «Cuando mueras te vas á encontrar con la decepción de que no existe un más allá fuera del sepulcro; te disolverás en átomos sin vida y sin conciencia. Ni hallarás un castigo para tus culpas, ni un premio para tus buenas obras.» ¡Alíons entonces el catolicismo con sus dogmas, templos y jerarquías sacerdotales! Duraría sobre la tierra lo que un soplo. Todo su complicado andamiaje, petrificado con la sucesión de los siglos, se derramaría con estrépito al solo enuncio de la afirmación citada.

Pero, aun sin llegar á tan radical extremo, la Iglesia se tambalaría sólo con decir: «Existe un más allá después de la muerte: el cielo, el infierno y nada más. Si caes en el último, yo soy impotente para arrancarte á la justicia divina...»

¿Quién duda que al saber esto el prestigio sacerdotal caería enseguida por los suelos? Por eso la Iglesia se agarró como tabla de salvación al purgatorio, que sintetiza para los católicos todo el terror que causa la muerte. Se les dijo que los santos desde el cielo y los sacerdotes desde el altar podían romper aquellas cadenas y abreviar, más aún, suprimir en absoluto aquel horrible cautiverio, y el día que la Iglesia lanzó al mundo esta idea aseguró para siempre el fin de sus sacerdotales y consolidó su existencia. De aquí nacieron todas esas fundaciones pías, capellanías, beneficios, rentas para misas, etc., etc.

Y lo mismo sucedió en las demás religiones, como se desprende de sus prácticas y ritos. Si el hombre no fuera mortal, el espíritu religioso sería casi un fenómeno en el mundo.

FRAY GERUNDIO



## Páginas selectas

Haciendo un día la vista en una aldea de Navarra, y de esto van ya corridos muchos años, hube de entrar en una de esas casas provistas de una entrada por el piso principal y de otra baja en distinta calle con acceso al zaguán y a los establos. Había yo tomado la primera, y contra la costumbre en aquellas buenas gentes, pude llegar á la estancia de mi enfermo sin haber encontrado un solo individuo de la familia, que era muy numerosa.

El paciente, por su parte, lejos de manifestármese resentido por aquel inusitado abandono, se apró a dejar cumplida mi extrañeza, diciéndome lleno de amargura que una de las vacas de la casa se hallaba en peligro de muerte. No me pareció la enfermedad de un animal doméstico, siquiera muy estimable, motivo suficiente para que el jefe de la casa, cuya dolencia era algún tanto grave, hubiese de quedar relegado á tan criticable menosprecio, en el cual por cierto resulté yo muy pronto incluído, pues nadie acudió á mis llamamientos.

Muy joven entonces, lleno de mimos escolares, que nunca agradeceré bastante á mis buenos maestros, y orgulloso de mi profesión hasta la nimiedad, me cansé de esperar, y corriendo airado hacia donde se hallasen aquellos montaraces, me preparaba á darles una lección de amor conyugal, y de respeto filial y de Dios sabe cuántas cosas más, inspiradas sin duda en mi maltrecha petulancia de clase, cuando al asomarme desde lo alto de la escalera pude contemplar un cuadro que me dejó silencioso y con cuyo recuerdo doy raro comienzo á esta conferencia.

Cuantos habitaban aquella casa, mas algunos vecinos, en liberal confusión de amos, sirvientes, edades y sexos, se habían agolpado en el extenso zaguán alrededor del animal enfermo, y con sollozos mal reprimidos apenas me dejaron oír las últimas palabras, indudablemente fatídicas, del veterinario que terminaba á la sazón sus maniobras exploratorias en la res, dejando su puesto al cura del lugar, ya vestido con sobrepellis y estola, que en alta voz empezó a leer los Santos Evangelios.

Ante aquel verdadero duelo comprendí muy pronto que mi orgullo profesional, exuberancia de mis pocos años, era impropio, puesto que el veterinario con su carrera tan corta y el molesto sacerdote con la suya de misa y olla, quizá más corta todavía, me llevaban justamente la preferencia por la sencilla razón, entonces para siempre aprendida de unos humildes campesinos, de que en el estado de anarquía económica en que vivimos, una vaca puede valer y vale más que un hombre.

Asimismo en los cuarteles de caballería el médico suele ser mucho menos estimado que el veterinario, porque un soldado se obtiene de balde para el servicio militar, mientras que el caballo, como la vaca, cuestan una cantidad respetable. ¿Qué más? En Bélgica, hace todavía pocos años, fué procesado un industrial porque empleaba en el acarreo un muchacho de catorce años con un perro, abusando de las fuerzas de ambos, y la condena sólo pudo ser fundada en el abuso del animal, pues la ley no tenía previsto el caso con relación al hombre.

Nunca me había cabido en la cabeza, y séame perdonado este escape de ignoran-

cia economista, el interés del capital; yo no podía explicarme cómo el poseedor de una cantidad, al entregarla para su custodia, lejos de tener que pagar este servicio obtuviera cuantiosa remuneración, sin cuidarse de convertirlo en trabajo ni preocuparse de su paradero como fuerza productora; y en aquella escena campestre, no exenta de idealidad, aprendí lo que puede el capital, lo que valía aquella vaca, que era á la vez capital, trabajo y hasta producto, es decir, sustento á temporadas, y á cuyo lado las personas todas de aquel hogar quedaban reducidas á la condición de obreros.

En definitiva, aquel veterinario y aquel cura pertenecían al capital, en tanto que yo venía siendo médico de trabajadores ó servidor de lo que vale menos.

ALEJANDRO SAN MARTIN

## Cuento gitano

Un gitano famoso, que carga lo de años y achacoso de un cólico cerrado se moría, confesar sus pecados no quería. Por más que su mujer se lo rogaba, el hombre á confesarse se negaba, diciéndola: —Parienta, á mí la confesión no me trae cuenta; siempre que he confesado, de todo corazón arrepentido, diez años de presidio me han salido y estoy escarmentado; déjame de canciones, que yo no quiero hacer más confesiones. Cuanto más la gitana le argüía, él en su negativa persistía.

—¿Conque quieres morir como un marrano, á veces le decía, en lugar de morir como un cristiano?

—Yo me quiero largar tranquilamente sin molestar á nadie mayormente contándole en mis últimos instantes dos ó tres robos *disinificantes* y cosas que no importan á la gente. Comprendió la gitana que su ruego era inútil del todo, y con premura envió un recadito al señor cura, que acudió desde luego á cumplir su misión con gran dulzura. Pronto se convenció de que el paciente estaba cada vez más obcecado, pues al verle llegar, con gesto airado la espalda le volvió completamente, dejándole asombrado.

Aunque el buen sacerdote se esforzaba y le hacía infinitas reflexiones, nada en limpio sacaba, pues sus exhortaciones el *cané* testardo despreciaba. El cura, entristecido,

se decía: —Si á mao yo tuvieran un santo ó una imagen, quizás fuera más fácil convencer á este perdido, — cuando contemplaba sobre la consola, muy pintarrajeado, muy ufano un niño Dios de barro ó escayola con una bola azul en una mano. Rápido coge el niño,

se aproxima al gitano y con cariño le dice: —El niño Dios, mira, te llama y viene hasta tu cama; parece que al mirarte te hace un guiño

como si te dijera: «Yo he bajado de los cielos á ser crucificado por salvar á los pobres pecadores, ¿y quieres; ¡desdichado! despreciarme, al morir, tantos favores?» Vamos, mírale bien: mira, aquí viene el niño Dios, el niño Dios bendito; mírale qué bonito y qué mofletes tan redondos tiene. Se revolvió el gitano con trabajo, y con voz apagada al sacerdote preguntó muy bajo: —¿Quién dice *osté* que viene? — ¡Casi nada! El niño Dios — ¿El niño? ¡Probesiyo! Digale *osté* que se me va la vida y me mande á su padre de *seguita*, porque estas no son cosas pa un *chiquiyo*.

JOSE GIL CAMPOS

¿Por qué los jesuitas ponen gran esmero en el arreglo de sus uñas, imitando á San Ignacio?

Si pudiera explicarme el misterio de la Trinidad como me explico eso, nadie me ganaría á proclamar y defender ese misterio.

No sé si será cierto lo de que el jabalí aguza sus colmillos, el águila afila su pico y el tigre sus garras.

Lo que sí sé, es que todo buen soldado, de cualquier país ó raza, se cuida de su arma favorita.

De aquí que los jesuitas se cuiden tanto las uñas.

## Un joven cristiano

¡Qué muchacho aquel! ¡Cuántas docenas de jóvenes de sus sentimientos religiosos hacían falta para ejemplo de la moderna juventud, maleduca por las enseñanzas horribles ó impías!

Llegó á la iglesia (la de San Pascual de Madrid) desoso de descargar el peso de su conciencia y verse absuelto de sus culpas.

Dirigió su mirada á los confesionarios de derecha é izquierda, buscando en ellos algún sacerdote á quien referir sus pecados.

Fueron inútiles sus investigaciones; no había de punto ningún padre de almas. Entonces se dirigió á un acólito, no sé si oficial ú oficioso, que andaba por allí apagando velas.

—¡Oh joven apenas iniciado en las mementencias de la vida eclesiástica! — le dijo: — ¿Sabes con cuánta ansiedad desea un pecador, sinceramente arrepentido, verse libre de sus iniquidades? ¿Sabes el peligro á que se expone si la muerte le sorprendiera en semejante estado? ¿Sabes lo que dice San Agustín?

—Diré á usted, caballero — respondió ingenuamente el aprendiz de cura. — No sé nada de eso; llamaré al sacristán mayor que, como antiguo en la casa, tal vez lo sepa.

—No, no es preciso; lo que te agradecería es que vienes si en la sacristía hay algún sacerdote que se digna oírme en confesión.

—Sí, señor; está don Fulano, que dentro de poco tiene que officiar. Si no va á ser para mucho tiempo...

—No. Llámale; dile que será lo más conciso posible.

Pocos momentos después un presbítero salió de la sacristía, ocupó el asiento de un confesionario, y el joven penitente, que por cierto iba bien equipado de ropa, empezó á ejercer de fiscal contra su propia conciencia.

La premura con que había solicitado ser oído hizo sospechar al cura que tendría que habérselas con un pecador empedernido, habido súbitamente por la gracia divina; pero nada de eso.

Los delitos que el afligido mancebo le refi-



rió eran puerilidades de monja anstadiza: que si se le había olvidado decir amén al final de una salv; que si había visto en Viernes Santo unas chuletas en un escaparate; que si se trataba con un amigo que a su vez lo era de otro que tenía intimidad con un tercero que conocía de referencia a un individuo que nunca iba a misa; y cosas por el estilo. De todo ello se sentaba con tal fervor y contrición tanta, que el confesor estaba asombrado de la religiosidad de su penitente.

¡Chico más ejemplar! ¡Y en estos tiempos que corren! Hasta creo que por su imaginación debió cruzar la idea de unirlo con alguna sobrina de desecho, si es que la usa.

Terminada la confesión, el recién absuelto preguntó al párroco si lo consideraba digno de recibir la comunión.

—Sí, hijo mío—le contestó el ministro del Señor.—Vé a recibir la santa eucaristía; vé a gustar el pan de los fuertes, que te robustecerá para resistir las tentaciones y te dará alientos para acometer las empresas más grandes y meritorias.

Y, efectivamente, el joven se dirigió al comulgatorio, donde el celebrante, puesto en su boca la sagrada hostia.

Después volvió al confesionario, donde el cura se preparaba para ir a la sacristía.

—Padre—le dijo—un favor grandísimo tengo que pedirle.

—Si en mi mano está el concedérselo, lo haré con mucho gusto, hijo mío.

—Pues bien; sé que va usted a decir misa ahora. Si me diese de usted la bondad de que me dejase ayudarla...

—Con mil amores. Venga usted conmigo joven piadoso.

Y en breve tiempo el cura y su oficioso ayudante ocupaban las gradas del altar.

No es lo mismo hacer la cosa por amor que hacerla como *modus vivendi*, ni se pueden equiparar el sabio que estudia prácticamente la agricultura y el que destripa terrones para ganar el pan cotidiano.

Algo de esto debió sentir el cura viendo el esmero que su ayudante ponía en el desempeño de su cargo.

No atropellaba las respuestas como los acólitos de profesión; no se distraía; estaba con la mayor atención mirando alternativamente al altar y al sacerdote. No se le olvidaba una gent flexión, una ceremonia, ni un ademán de los que la liturgia prescribe.

Después de las postreras oraciones fué el padre a desvestirse de los ornamentos.

—¡Qué chico, Señor, qué chico!—decía mentalmente,—ya se conoce que está educado en los sanos principios de la juventud sana de donde salieron los Gonzagas, los Berchman y los Estanislao de Kostka. ¿Por qué no habían de existir unos cuantos centenares como éste?

A continuación salió a buscarle, y aquí de la devoción y la piedad; vió con asombro que no sólo había desaparecido el ferviente manco, sino también las vinjeras de plata y la bandeja del mismo metal que las contenía.

Entonces se arrepintió de sus fervientes deseos de que se multiplicase el número de semejantes jóvenes.

Si uno solo, después de confesar, comulgar y ayudar a misa, le irregularizó aquellas herramientas, ¿cuántos le hubieran dejado hasta sin calzoncillos, aun después de recibir todos los sacramentos, la unción inclusive.

Y es que hay algunas gentes tan cristianas, que escaman no ya a Dios, sino a un presbítero.

## La flor del almendro

¡Despertad! ¡Despertad!... Ya hay flores—decían algunos insectos desaperceados del sueño del invierno.

A sus voces atipladas se rebullían en los agujeros de la tierra y en la corteza de los troncos algunos insectos que, atetargados por el frío, volvían a la vida calentados por el sol.

—¡Qué blancas son y qué hermosas!—decían los insectillos nuevos que nunca

habían visto flores.—¿Cómo se llama ese árbol que hace brotar de sus ramas flores tan lindas y vistosas?

—Es el almendro.  
—¡Viva el almendro! ¡Vival!—gritaban los insectillos con alegría infantil.

—¡Callad, ignorantes!—dijo una mosca vieja que revoloteaba torpemente.—Esas flores son miserables y ridículas si se comparan con el clavel, la rosa, la camelia y todas las que irán apareciendo. La flor del almendro es tan pobre que no se pone en ningún ramo.

—Es verdad—dijo el almendro;—mis flores son humildes, pero soy el primero que adorna con ellas este huerto; cuando otras dan un pobre tallo, yo doy flores, y cuando ellos produzcan flores daré frutos. Yo soy de los que anticipan y crean; ellos de los que vienen detrás y mejoran. No merezco que me desprecies porque otros lleguen después y me aventajen. Es gran mérito sacar leñosas ramas de la tierra jugosa en la templada estación de la primavera, pero es mérito mayor producir las primeras florecillas cuando sopla el viento frío y duran aún los rigores del invierno.

JOSE FERNANDEZ BREMON

## Gazmoñas y beatos

Al llegar los días de ayuno y abstinencias, he notado que raya en lo exagerado lo que practican algunos.

Conozco a un hombre formal tan devoto y tan cristiano, que no habla ni aun a su hermano, porque es hermano *carnal*.

En pro del pescado lucha en su casa, de tal modo, que por ser pescado todo el mismo resulta un *trucha*, pues sé por cierta persona, que su temor a pecar no le impide visitar los viernes a una *jamona*.

Conozco a más de un beato —¡alma candorosa y buenal— que no falta a una novena, y piadoso y mojigato, de su salvación en pos y a su beneficio atento... ¡presta al cuarenta por ciento con santo temor de Dios!

Otro ir al cielo desea, y entregado al sacrificio ciñe a su cuerpo el cilicio, las disciplinas empleo, y esclavo de la fe santa que brota en su alma sencilla... ¡pega luego a su costilla cada paliza que espanta!

Hay señora que ha observado siempre conducta ejemplar, y pretendiendo evitar con el ayuno el pecado, está gorda y colorada, predica la penitencia, é imponiendo la abstinencia... ¡mata de hambre a la criada!

Y hay político eminente de altas virtudes ejemplo, que pasa el día en el templo rezando devotamente, y entre el fervoroso arrullo de su rezo ante el altar... ¡es cuando suele tramar los planes de algún chanchullo! Pues tras esas devociones y conductas ejemplares

hay gazmoñas a millares y *Pantojas* a montones.

Si el Cristo que abre los brazos sobre el mundo impenitente la emprendiera nuevamente en el templo a latigazos, veríamos los mortales, al calmarse el alboroto... ¡a más de un varón devoto llenito de cardenales!

JOSE RODAO

## AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Modesto Talens, Málaga, 25 pts. Tirso González, Cáceres, 2; Tomás Cstaño, Peñafiel 50; Remigio Guimón, Elbar, 10; Luis Serrano, Burgo de Osma, 6; Antonio Sagastume, San Sebastián, 14; Antonio Arrillaga, Elgoibar, 2; A. Ballesteros, Villanueva de las Minas, 5; Bernardo Gal, Irún, 4; Pedro Pérez, Villafranca de los Barros, 15; Miguel A. Cabezas, Valencia, 13; Nicolás Cubillo, Madrid, 2 pesetas, M. B. [Madrid, 2.

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Cáceres.—Tirso González. Abonada su suscripción a fin Junio 1922.

Elbar.—Remigio Guimón. Id. a fin Diciembre 1922.

Burgo de Osma.—Luis Serrano. Id. a fin Diciembre 1922.

San Sebastián.—Antonio Sagastume. Idem a fin Diciembre 1922.

Málaga.—A Argamasilla. Id. a fin Diciembre 1922.

Elgoibar.—Antonio Arrillaga. Id. a fin Diciembre 1922.

Villanueva de las Minas.—Antonio Ballesteros. Id. a fin Octubre 1922.

Cádiz.—M. Fernández. Id. a fin Diciembre 1922.

Valdepeñas de Jaén.—R. Galán. Id. a fin Julio 1922.

Irún.—Bernardo Gal. Id. a fin Diciembre 1922.

Idem.—León San Emeterio. Id. a fin Diciembre 1922.

Idem.—Máximo Regueiro. Id. a fin Diciembre 1922.

Idem.—José María Miguel. Id. a fin Diciembre 1922.

Idem.—Domingo Lombana. Id. a fin Diciembre 1922.

Idem.—Centro Republicano. Id. a fin Diciembre 1922.

Valencia.—Miguel A. Cabezas. Id. a fin Diciembre 1922.

Idem.—Rafael Cisnerós. Id. a fin Diciembre 1922.

Vegas del Condado.—P. Valbuena. Idem a fin Diciembre 1922.

Tafalla.—R. bustiano Inchauste. Id. a fin Diciembre 1922.

Ubrique.—Francisco Ranero. Id. a fin Diciembre 1922.

Villafranca de los Barros.—Pedro Pérez. Id. a fin Diciembre 1922.

Idem.—José Guerrero. Id. a fin Marzo 1922.

Idem.—José García. Id. a fin Marzo 1922.

Buenos Aires.—Medardo Bizú. Recibido su Giro de 56 pesetas. Conforme.

Málaga.—Miguel Torres. Id. de 10 Conforme.

Alayor.—Rafael Juanico. Id. de 10 a cuenta.

Imp. Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla, 2.—Madrid